

rados de las galerías; y aquella sala, poco há tan enardecida, tan ruidosa, cayó de repente en un sueño pesado, llenándose de un olor de moho y de polvillo. La condesa Muffat, en pie junto á la barandilla de su palco, forrada de abrigos, y esperando á que los concurrentes hubiesen salido, contemplaba la sombra.

En los pasillos, las acomodadoras, codeadas por el gentío perdían la cabeza entre los montones de prendas caídas al suelo. Fauchery y la Faloise se habían apresurado para asistir á la salida. A lo largo del vestíbulo, los hombres formaban fila, en tanto que, por la doble escalera, lentamente, bajaban, con regularidad y compactas, dos interminables colas de gente. Steiner, arrastrado por Mignon, había sido de los primeros en salir. El conde de Vandeuves partió, dando el brazo á Blanca de Sivry. Por un momento, Gaggá y su hija parecieron hallarse perplejas; pero Labordette corrió á tomarles un carruaje, cuya portezuela cerró galante, tras de ellas. Nadie vió pasar á Daguenet. Mientras el escapado de colegio, ardientes sus mejillas, decidido á esperar ante la puerta de los artistas, corría hacia el Pasaje de los Panoramas, cuya verja encontró cerrada, Satin, que estaba de pie en la acera, pasó junto á él, rozándole con su falda; pero el adolescente, desesperado, rehusó brutalmente y en seguida desapareció por entre la muchedumbre, bañados los ojos en lágrimas de dolor y de impotencia. Los espectadores encendían sus cigarros y se alejaban tarareando: «Cuando Venus ronda por la noche...» Satin, había vuelto á estacionarse delante del café de Variedades, donde Augusto le dejaba comer los restos de azúcar abandonado por los consumidores. Por fin, un hombre gordo, que salía muy enardecido, se la llevó consigo, en las sombras del bulevar.

Aun continuaba bajando gente. La Faloise esperaba á Clarisa; Fauchery había ofrecido acompañar á Lucy Stewart, con Carolina Héquet y su madre. Acababan de llegar al vestíbulo y permanecían en uno

de los ángulos, riendo muy alto, cuando pasaron los Muffat, con aire glacial. En aquel momento Bordenave, asomando la cabeza á una puertecita, obtenía de Fauchery la formal promesa de una revista. Estaba nadando en sudor, purpúrea la faz, como embriagado por el éxito.

—Lo menos dáis doscientas representaciones,—le dijo con galantería la Faloise.—¡Todo París desfilará por vuestro teatro!

Mas Bordenave, enfadándose, y designando con un brusco movimiento de barba al público que llenaba el vestíbulo, aquella aglomeración de hombres de labios secos, ojos ardientes, dominados por el deseo de poseer á Naná, gritó con violencia:

—¡Dí por mi burdel, maldito testarudo!

II

El día siguiente, á las diez, aun estaba durmiendo Naná. Ocupaba, en el bulevar Haussmann, el segundo piso de una casa nueva, cuyo propietario arrendaba las habitaciones á señoras solas, á fin de que le «secasen las paredes» (1). Un rico negociante de Moscú, que había venido á pasar el invierno en París, la instalara allí, pagando un semestre anticipado. La habitación demasiado vasta para ella, nunca había sido amueblada por completo; y con lujo chillón, consolas y sillas doradas, entremezclábanse con mue-

(1) *Secar las paredes*: Habitar una casa recién construída. Cuando se acabó de edificar el barrio *Saint Georges*, los alquileres se cotizaban á bajo precio, á fin de atraer inquilinos. Las muchachas de vida equívoca se refugiaron allí, recibieron la denominación de *loretas* y secaron no pocas paredes. De aquella fecha data esta locución. Hoy día, el *secamiento de las paredes* es más caro; opérase principalmente en la calle *Maubeuge*, con el concurso de las loretas del día, llamadas: *biches*, *cocottes*, *belles-petites*, etcétera. (N. del T., tomada de *Rigaud*.)

bles de revendedora, veladores de caoba, y candelabros de zinc imitando bronce florentinos. Aquello transcendía á cortesana abandonada demasiado pronto por ser primer protector formal, caída en brazos de amantes de medio pelo, todo un debutar difícil, un lanzamiento frustrado, trabado por negativas de crédito y amenazas de expulsión.

Naná dormía boca abajo, estrechando entre sus desnudos brazos la almohada en la que se hundía su rostro, pálido de sueño. La alcoba y el tocador eran las dos únicas piezas que un tapicero del barrio había adornado con esmero. Al rayo de luz que se deslizaba por debajo de una cortina, distinguíanse el mobiliario de palosanto, las colgaduras y las sillas de damasco bordado de grandes flores azules sobre fondo gris. En la tibia atmósfera de aquella adormecida alcoba, despertó sobresaltada Naná, como sorprendida al notar un vacío cerca de ella. Miró la segunda almohada que yacía al lado de la suya, conservando aún, en medio de los bordados, la huella de otra cabeza y, tentando con la mano, apretó el botón de un timbre eléctrico en la cabecera de la cama.

—¿Ha salido?—preguntó á la doncella que acudiera.

—Sí, señora, el señorito Pablo se ha marchado, hará unos diez minutos... Como la señora estaba fatigada, no ha querido despertarla; pero me ha encargado decir á la señora que volverá mañana.

Mientras hablaba, Zoé, la doncella, abría las persianas. Penetró la luz del día. Zoé, muy morena, peinada con muchos ricitos, tenía una cara alargada como hocico de perro, lívida y llena de costurones, nariz chata, labios gruesos y ojos negros en movimiento perpetuo.

—Mañana, mañana,—repetía Naná, aun medio dormida,—¿es ese el día, mañana?

—Sí, señora, el señorito Pablo siempre ha venido en miércoles.

—¡Ah! ¡no! ¡ahora recuerdo!—exclamó la joven, sen-

tándose en la cama.—Todo ha cambiado. Quería decirse esta mañana... ¡Se encontraría con el morito, y tendríamos un lance!

—La señora no me ha prevenido, yo no podía saber...—murmuró Zoé.—Cuando la señora cambie sus turnos, hará bien en advertírmelo, para que yo sepa... ¿Según eso, el viejo avaro no entra ya los martes?

Aplicaban así, entre ellas, en broma, esos nombres de morito y de viejo avaro á los dos hombres que pagaban: un comerciante del arrabal Saint Denis, de temperamento económico, y un valaco, un pretendido conde, cuyo dinero, muy irregular, tenía un extraño olor. Daguinet se había hecho otorgar los días que seguían á los del viejo avaro, y como el comerciante había de estar muy tempranito en su tienda, el joven, desde las ocho, acechaba su partida, en la cocina de Zoé, y corría á ocupar su sitio, aun caliente, hasta las diez; después, se marchaba á sus negocios. Naná y él encontraban el arreglito muy cómodo.

—¡Tanto peor!—dijo ella,—le escribiré esta tarde... Y si no recibiese mi carta, mañana le impediréis entrar.

Entretanto, Zoé andaba suavemente por la alcoba. Hablaba del gran triunfo de la víspera. ¡La señora acababa de demostrar tanto talento! ¡cantaba tan bien! ¡ah! ¡la señora podía dormir tranquila en lo sucesivo!

Naná, con el codo apoyado en la almohada, sólo contestaba con movimientos de cabeza. Su camisa se había deslizado y sus cabellos sueltos, desordenados, rodaban sobre sus hombros.

—Sin duda,—murmuró ella, pensativa;—pero ¿cómo arreglarlo hasta entonces?... ¡Voy á tener hoy toda especie de aburrimientos...! ¡Veamos! ¿ha vuelto á subir esta mañana el portero?

Entonces las dos conversaron gravemente. Debían tres trimestres de alquiler, y el propietario amenazaba con

el embargo. Además, tenían un sin fin de acreedores: un alquiler de coches, una modista, un zapatero, un carbonero y otros y otros, que cada día subían á instalarse en un banquillo del recibimiento; el carbonero sobre todo, se mostraba terrible, y desde la escalera empezaba á vociferar. Pero el mayor sentimiento de Naná era su pequeño Luisito, un hijo que parió á los dieciséis años y que tenía en casa de su nodriza, en un pueblecito de los alrededores de Rambouillet. Aquella mujer reclamaba trescientos francos por devolver á Luisito. Presa de una crisis de amor maternal, desde su última visita á su hijo, desesperábase Naná por no poder realizar un proyecto trocado ya en idea fija: pagar á la nodriza y trasladar al niño á casa de su tía, la señora Lerat, en Batignolles, donde iría á verle con la frecuencia que se le antojara.

A todo esto, la doncella indicaba que la señora debía confiar sus necesidades al viejo avaro.

—¡Eh! ya se lo he dicho todo esta mañana—gritó Naná,—y me ha contestado que tenía demasiados vencimientos á que atender. El morito está tronado estos días; creo que ha perdido en el juego... En cuanto al pobre Mimí, necesitaría que primero le presentasen á él; la baja le ha dejado en seco, y ni siquiera puede regalarme flores.

Se refería á Daguenet. En el abandono de su despertar, no tenía secretos para Zoé. Esta, habituada á tales confidencias, las recibía con respetuosa simpatía. Puesto que la señora se dignaba hablarle de sus negocios, bien podía ella permitirse decir su parecer. Ante todo, quería mucho á la señora Blanca, ¡y sabe Dios si la señora Blanca hacía cuanto hay que hacer para que volviese á su servicio! No le faltaban colocaciones, pues era bastante conocida; pero prefería permanecer en casa de la señora, á pesar de sus apuros, porque tenía confianza en el porvenir de la señora. Y acabó por precisar sus consejos. Cuando una es joven, no es extraño que haga tonterías. Actualmente,

era preciso andar escamada, porque los hombres no pensaban sino en divertirse. ¡Oh! ¡no se presentarían pocos! La señora no tendría que decir más que una palabra para calmar á sus acreedores y encontrar cuanto dinero necesitase.

—Todo eso no me da trescientos francos,—respondió Naná, hundiendo sus dedos en su despeinado moño.—Necesito trescientos francos hoy mismo, en seguida... Encocora eso de no conocer á uno que dé trescientos francos.

Si tuviese tanta suerte, calculaba que habría enviado á Rambouillet á su tía Lerat, á quien precisamente esperaba aquella mañana. Su capricho contrariado le amargaba el triunfo de la víspera. ¡Pensar que, entre todos los hombres que la habían aplaudido, no se encontraría siquiera uno que le diese quince luises! Además, ella no podía aceptar así como así. ¡Dios mío! ¡cuán desgraciada era! Y volvía á pensar en su hijito, que tenía unos hermosos ojos de querubín y balbuceaba: «¡Mamá!» con una voz tan graciosa, que había para morirse de risa.

Pero en aquel momento, dejóse oír la campanilla eléctrica de la puerta de entrada, con su vibración rápida y temblorosa. Zoé, que saliera á enterarse, volvió, murmurando con aire confidencial:

—Es una mujer.

Más de veinte veces había visto á la tal mujer; pero afectaba siempre no conocerla ó ignorar cuáles eran sus relaciones con las mujeres apuradas.

—Me ha dicho su nombre... La señora Tricón.

—¡La Tricón!—exclamó Naná.—¡Toma! es verdad; no me acordaba de ella... Hacedla entrar.

Zoé introdujo una señora vieja, alta, peinada á la inglesa, con el talante de una condesa que frecuenta los estudios de abogado. Después se escurrió, deslizándose sin ruido, con ese movimiento flexible de reptil, peculiar de toda doncella discreta al salir de una alcoba cuando entra en ella un caballero. Por lo de

más, hubiera podido quedarse. La señora Tricón ni siquiera se sentó. No hubo más que un breve cambio de palabras:

—Tengo un señor para vos, hoy. ¿Queréis?

—Sí... ¿Cuánto?

—Veinte luises.

—¿A qué hora?

—A las tres... ¿convenido?

La Tricón habló después del tiempo que hacía, un tiempo seco que convidaba á pasear. Aun tenía que ver á cuatro ó cinco personas más. Y se largó, consultando su librito de memorias. Cuando estuvo sola, pareció Naná hallarse libre de un gran peso. Sintiendo en los hombros un soplo algo frío, se arrebujó en el lecho caliente, voluptuosa, perezosa, como gata friolenta. Poco á poco, volvieron á cerrarse sus ojos, sonriente á la idea de vestir con un lindo traje á Luisito, al día siguiente; á la vez en que, en el sueño que nuevamente se apoderaba de ella, reproducíase un ensueño febril de toda la noche, la tempestad prolongada de aplausos, como rumor continuo que mecía su fatiga.

A las once, cuando Zoé introdujo á la señora Lerat en la alcoba, aun dormía Naná; mas se despertó al ruido, exclamando inmediatamente:

—¡Ah! ¿eres tú?... Hoy irás á Rambouillet.

—A eso vengo,—dijo la tía.—A las doce y veinte sale un tren. Tengo tiempo para tomarle.

—No, hasta más tarde no tendré el dinero,—repuso la joven desperezándose, elevando el pecho.—Almorzarás, y después, veremos.

Zoé traía un peinador.

—Señora,—murmuró,—aquí está el peluquero.

Pero Naná no quiso pasar al tocador, y gritó:

—Entrad, Francisco.

Un caballero, vestido correctamente, empujó la puerta, y saludó. Precisamente, en aquel momento Naná saltaba de la cama, desnudas las piernas. No por eso

se apresuró; tendió las manos para que Zoé pudiese ponerle las mangas del peinador. Y Francisco, muy á sus anchas, con aire digno, esperaba, sin volver la cabeza. Después, cuando estuvo sentada comenzó el peluquero á pasarle el peine, y habló:

—Tal vez la señora no ha leído los periódicos... El *Figaro* trae un artículo precioso.

Había comprado este diario. La señora Lerat se caló los anteojos y leyó el artículo en voz alta, en pie, junto á la ventana. Erguía su estatura de gendarme y su nariz contraíase, cada vez que pronunciaba algún adjetivo galante. Era una crónica de Fauchery, escrita al salir del teatro; dos columnas muy fogosas, preñadas de ingeniosa malignidad contra la artista y de brutal admiración por la mujer.

—¡Excelente!—repetía Francisco.

¡A Naná la tenía muy sin cuidado que se burlasen de ella por su voz! Era muy amable ese Fauchery; ya le recompensaría ella su galantería. La señora Lerat, después de leer por vez segunda el artículo, declaró bruscamente que todos los hombres tenían el diablo en las pantorrillas, y se negó á dar mayores explicaciones, satisfecha con esta alusión picaresca que ella sola comprendía. Y Francisco, acabando de levantar y de anudar los cabellos de Naná, saludó diciendo:

—Repararé los periódicos de la tarde... Como de costumbre ¿no es así? ¿á las cinco y media?

—¡Traedme un bote de pomada y una libra de almendras de casa de Boissier!—le gritó Naná á través del salón, en el momento en que cerraba la puerta.

Entonces las dos mujeres, solas, se acordaron de que no se habían dado un beso; y se besaron ampliamente las mejillas. El artículo las enardecía. Naná, medio dormida hasta entonces, vióse poseída de nuevo por la fiebre de su triunfo. ¡Vaya! ¡linda mañana debía estar pasando Rosa Mignon! Como su tía no había querido asistir al teatro, porque, según decía, las emociones le trastornaban el estómago; la

sobrina empezó á referirle la velada, embriagándose en su propio relato, como si París en peso se hubiese desplomado bajo los aplausos. Después, interrumpiéndose de improviso, preguntó riendo si podía habersele ocurrido nunca á alguien que alcanzase ella tanto éxito, cuando arrastraba su trasero de granuja por la calle de la Goutte d' Or. La señora Lerat movía la cabeza. No, no tal; ¡jamás se hubiera previsto! Y á su vez habló, adoptando un aire grave, y llamándola hija mía. ¿Acaso no era ella su segunda madre, desde que la verdadera había ido á reunirse con su papá y abuelita? Naná, enternecida, estuvo á pique de llorar. Pero la señora Lerat repetía que lo pasado, pasado estaba ¡oh! un sucio pasado, cosas que no debían removerse cada día. Por espacio de largo tiempo había cesado de visitar á su sobrina, pues la familia la acusaba de que se perdía en compañía de la pequeña. ¡Como si esto fuera posible, gran Dios! Ella no le exigía confidencias y creía que había vivido siempre muy honradamente. A la sazón, bastábale encontrarla en una posición desahogada y ver que tenía buenos sentimientos por su hijo. Todavía hay en este mundo honradez y trabajo.

—¿De quién es el chico?—preguntó interrumpiéndose, brillando en sus ojos una curiosidad aguda.

Sorprendida, Naná, vaciló un momento.

—De un señor,—respondió.

—¡Tomal—repuso la tía,—¡pues no decían que lo tuviste con un albañil que te zurraba!... En fin ya me lo contarás un día de estos; ¡ya sabes que soy discreta!... Por mi parte, te lo cuidaré, como si fuese hijo de un príncipe.

Había dejado el oficio de florista y vivía de sus economías; seiscientos francos de renta, reunidos sueldo sobre sueldo. Naná ofreció alquilarle una bonita habitación, y además le daría cien francos al mes. Al oír esta cifra, la tía se exaltó y gritó á su nieta que los exprimiese cuanto pudiera; hablaba de los hom-

bres. Las dos volvieron á besarse. Pero, en mitad de su gozo, Naná, al hacer que recayese la conversación sobre Luisito, pareció entristecida por un repentino recuerdo.

—¡Me carga eso de haber de salir á las tres!—murmuró,—¡qué fastidio!

En aquel momento entró Zoé, anunciando que estaba servido el almuerzo. Pasaron al comedor, donde hallaron una señora de cierta edad sentada ya ante la mesa. Ni siquiera se había quitado el sombrero, y vestía un traje oscuro de color indeciso. Naná no pareció admirarse de verla allí, y sólo le preguntó por qué no había entrado en la alcoba.

—He oído hablar,—respondió la vieja,—y he creído que estabais acompañada.

La señora Maloir (así se llamaba), dama de aire respetable y de modales distinguidos, servía de vieja amiga á Naná; era su pareja oficial y la acompañaba siempre. La presencia de la señora Lerat pareció inquietarla. Después, cuando supo que era su tía, la miró afable, con pálida sonrisa. Entre tanto Naná, que decía tener el estómago en los talones, se abalanzaba sobre los rábanos, tragándolos sin pan. La señora Lerat, ceremoniosa, no quiso rábanos, pues le daban pituita. Después, cuando Zoé hubo traído las chuletas, Naná gazmió la carne contentándose con chupar los huesos. De vez en cuando, examinaba con el rabillo del ojo el sombrero de su vieja amiga.

—¿Es el sombrero nuevo que os regalé?—preguntó por fin.

—Sí, lo he reformado,—murmuró la señora Maloir, con la boca llena.

Era un sombrero muy extravagante, muy abierto en la frente, y adornado con una inmensa pluma. La señora Maloir tenía la manía de reformar todos los sombreros; sabía lo que le sentaba mejor, y en un abrir y cerrar de ojos transformaba en un horrible casquete el más elegante sombrero. Naná, que precisamente le

había regalado aquel, para no tener que avergonzarse de ella, cuando salían juntas, estuvo á punto de enfadarse.

Y gritó:

—¡Quitáoslo ahora al menos!

—No, gracias,—respondió la vieja con dignidad:—no me estorba, puedo comer perfectamente con él.

Después de las chuletas, presentaron un plato de coliflor y unos restos de pollo frío. Pero Naná á cada nuevo servicio hacía una ligera mueca, titubeando, olfateando, y dejándolo todo en su plato. Terminó su almuerzo con unos dulces.

Hubo un gran rato de sobremesa. Zoé no quitó los manteles para servir el café. Los comensales se habían limitado á separar al centro sus platos. Continuaban hablando de la triunfal velada de la víspera, Naná liaba cigarrillos, que luego fumaba columpiándose, recostada en una silla. Y como Zoé había permanecido allí, arrimada contra el aparador, con los brazos colgantes, ocurrióseles pedirle que refiriese su historia. Se decía hija de una comadrona de Bercy, á quien los negocios le habían salido mal; primero había entrado en casa de un dentista; después, en la de un agente de seguros, pero aquello no le convenía; y luego enumeraba, con una especie de orgullo, las señoras á quienes había servido en calidad de doncella. Zoé hablaba de estas señoras, como si hubiese tenido su fortuna en su mano. De seguro que, á no ser por ella, á algunas les hubiera pasado lances muy chuscos. Así, un día que la señora Blanca estaba con el señorito Octavio, presentóse de sopetón el viejo, ¿y qué hace Zoé? finge caerse al atravesar el salón, el viejo se precipita, corre á la cocina en busca de un vaso de agua y el señorito Octavio se escurre.

—¡Excelente ocurrencia!—dijo Naná, que la escuchaba con tierno interés, con una especie de sumisa admiración.

—A mí me han sucedido muchas desgracias...—comenzó la señora Lerat.

Y, aproximándose á la señora Maloir, le hizo confidencias. Ambas estaban saboreando sendos vasos de agua azucarada, fortalecida con una respetable porción de cognac. Pero la señora Maloir recibía los secretos de los demás, sin soltar ni el más mínimo de los suyos. Decíase que vivía de una pensión misteriosa, en una habitación donde nadie penetraba.

De repente, Naná se exaltó:

—Tía, no juegues con los cuchillos... Ya sabes que eso me trastorna.

Sin advertirlo, la señora Lerat acababa de poner dos cuchillos en cruz sobre la mesa. Por lo demás, la joven negaba que fuese supersticiosa. Así, la salvedad no significaba nada, como los viernes, tampoco; pero eso de los cuchillos podía más que ella; era cosa que jamás había fallado. De seguro que le sucedería algo desagradable. Después, bostezó, y con aire de profundo tedio:

—¡Las dos ya!—dijo;—he de salir, ¡qué aburrimiento!

Las dos viejas se miraron. Y las tres movieron la cabeza, sin hablar. Ciertamente, que aquello no siempre era divertido. Naná se había recostado de nuevo en su silla, encendiendo otro cigarrillo, mientras que las dos viejas se mordían los labios, por discreción, llenas de filosofía.

—Mientras os esperamos, echaremos un tute,—dijo la señora Maloir, al cabo de un rato.—¿Jugáis al tute, vos?

En efecto la señora Lerat lo jugaba á la perfección. Era inútil llamar á Zoé, que había desaparecido; un rincón de la mesa bastaría, y levantaron el mantel por encima de los platos sucios. Pero mientras la señora Maloir se dirigía en persona á coger la baraja en un cajón del aparador, díjole Naná que, antes de empezar á jugar, le agradecería que le escri-

biese una carta. A ella le fastidiaba eso de escribir, pues no estaba muy segura de su ortografía, al paso que su vieja amiga dictaba unas cartas llenas de sentimientito. Corrió á buscar papel de lujo en su alcoba. Una botella de tinta, de tres sueldos, á guisa de tintero, yacía sobre un mueble, con una pluma llena de herrumbre. La carta iba dirigida á Daguinet. La señora Maloir escribió, en su hermosa letra inglesa: «Queridito mío», y después le avisaba que no viniese al día siguiente, porque «no podía ser»; pero: «de lejos, como de cerca, en todos los instantes, su pensamiento estaba con él.»

—Y termino con: «mil besos»,—murmuró.

La señora Lerat había dado su aprobación á cada frase, con un movimiento de cabeza. Sus ojos despedían llamas; desvivíase por verse mezclada en asuntos de corazón. Así, pues, quiso poner algo de su cosecha, y adoptando un aire tierno, arrullador:

«—Mil besos... en tus hermosos ojos»,—dijo.

—Sí, sí: «¡Mil besos en tus hermosos ojos!»—repetió Naná, mientras una expresión beatífica se pintaba en los rostros de las dos viejas.

Llamaron á Zoé para que bajase á entregar la carta á un recadero. Precisamente la doncella estaba conversando con el avisador del teatro que llevaba á la señora el programa de ensayo, olvidado por la mañana. Naná hizo que entrase éste y le encargó que llevara la carta á casa de Daguinet, al marcharse. Y luego, empezó á interrogarle. ¡Oh! El señor Bordenave estaba contentísimo; tenía despachadas ya todas las localidades para ocho funciones; la señora no podía imaginarse el número de personas que iban á preguntar sus señas, desde la mañana. Cuando se hubo ido el avisador, Naná dijo que sólo estaría fuera media hora á lo más. Si iban algunas visitas, Zoé las haría esperar. Mientras hablaba, oyóse la campanilla. Era uno de los «ingleses» el alquilador de coches, que se había insalado ya en el banquillo del reci-

bimiento. Este podía estarse mano sobre mano hasta la noche; nada le urgía.

—¡Ea, valor!—dijo Naná, entorpecida de pereza, bostezando y desperezándose de nuevo.—¡Ya debería estar allá!

Sin embargo, no se movía. Seguía con la vista el juego de su tía, que acababa de acusar las cuarenta. Con la barba en la mano, permanecía absorta. Pero se sobresaltó al oír que daban las tres:

—¡Voto á!—exclamó brutalmente.

Entonces, la señora Maloir que contaba las bazas, la estimuló, con voz meliflua:

—Hija mía, mejor sería que despachaseis ese encargo cuanto antes.

—Date prisa,—dijo la señora Lerat mezclando las cartas. Tomaré el tren de las cuatro y media, si estás de vuelta con el dinero á las cuatro.

—¡Oh! ¡no durará mucho!—murmuró la joven.

En diez minutos, Zoé la ayudó á ponerse un vestido y un sombrero. La tenía sin el menor cuidado el presentarse mal pergeñada. Disponíase á salir, cuando sonó la campanilla. Esta vez era el carbonero. ¿Y qué? ya podía hacer compañía al alquilador de coches; eso les distraería. Sólo que, temiendo un escándalo, atravesó la cocina y se largó por la escalera de servicio. Por allí pasaba á menudo, y con remangarse un poco el vestido, salía tan limpia á la calle, como por la escalera principal.

—A una buena madre debe perdonársele todo,—dijo sentenciosamente la señora Maloir, cuando quedó sola con la señora Lerat.

—Veinte en espadas,—respondió ésta, que se apasionaba por el juego.

Y ambas se empeñaron en una partida interminable.

La mesa no había sido levantada. Llenaba el comedor una niebla turbia, compuesta de las emanaciones del almuerzo y del humo de los cigarrillos. Las

dos viejas iban saboreando terroncillos de azúcar, sin dejar de jugar, y hacía veinte minutos ya que se dedicaban á esta noble operación cuando á un tercer retintín de la campanilla entró Zoé bruscamente y las empujó, con la mayor tranquilidad.

—¿Oís? ¡vuelven á llamar!... No podéis estaros aquí. Si continúa llegando gente, necesitareé toda la casa. ¡Ea! ¡arriba! ¡arriba!

La señora Maloir quería acabar la partida; pero, viendo á Zoé decidida á desbaratarles las cartas, resolvióse á recoger la baraja, con el mejor orden, mientras la señora Lerat sacaba de la mesa la botella de coñac; los vasos y el azúcar. Y las dos se refugiaron en la cocina, instalándose ante un ángulo de la mesa, entre las rodillas que se estaban secando y el lebrillo, lleno todavía de agua de fregar.

—Llevo acusadas sesenta... jugad.

—¡Oros!

Cuando Zoé volvió, las encontró de nuevo absortas. Al cabo de un silencio, mientras la señora Lerat mezclaba las cartas, preguntó la señora Maloir:

—¿Quién hay?

—¡Oh! ¡nadie!—contestó negligentemente la doncella,—¡un sietemesino!... Yo quería despedirle, pero es tan lindo, sin pelo de barba, con sus ojos azules y su rostro de niña, que he acabado por decirle que esperase. Lleva un enorme ramo, del que no ha consentido desprenderse... ¡merecería que se le diese una zorra... un enamorado que debería estar aún en el colegio!

La señora Lerat fué á buscar una botella de agua para preparar un grog; los terroncillos de azúcar le habían originado una sed viva. Zoé murmuró que, por su parte, también se echaría al colete otro grog, pues, según dijo, tenía la boca amarga como la hiel.

—Y ¿dónde le habéis dejado?

—¡Tomá! en el gabinete del fondo, en el cuartito que está sin amueblar... Hay allí no más que una

maleta de la señora y una mesa. Es donde alojo á los novatos...

Y echaba abundante azúcar en su grog, cuando la campanilla la hizo saltar. ¡Por vida del ¡ni beber la dejarían tranquilamente? La cosa prometía, si el campanileo comenzaba ya. Sin embargo, corrió á abrir. Y á su vuelta, viendo que la señora Maloir la interrogaba con los ojos:

—Nada; ¡un ramillete!

Las tres refrescaron, brindando con un movimiento de cabeza. Sonaron, uno tras de otro, dos tintineos más, mientras Zoé levantaba por fin la mesa, colocándola ordenadamente los platos en el vasar. Pero no eran visitas de importancia. Tenía ya la cocina arreglada, y repitió dos veces su desdeñosa frase:

—Nada; ¡un ramillete!

Sin embargo, las viejas, entre dos jugadas, no pudieron menos que reirse, oyéndole contar la facha que ponían los acreedores, en el recibimiento, á la llegada de cada nuevo ramo. La señora encontraría sus flores en el tocador. ¡Lástima que eso costara tan caro y no pudiese venderse después, ni por diez sueldos! En resumen; dinero perdido y mucho.

—Yo,—dijo la señora Maloir,—me contentaría con tener de renta lo que los hombres gastan cada día en flores para las mujeres en París.

—No pedís mucho, que digamos,—murmuró la señora Lerat.—Con eso bastaría para comprar el hilo de la costura... Veinte en espadas, querida.

Eran las cuatro menos diez. Zoé, sorprendida, no acertaba á explicarse cómo tardaba tanto en regresar la señora. Ordinariamente, cuando la señora tenía precisión de salir, por la tarde, despachaba la cosa en un abrir y cerrar de ojos. Pero la señora Maloir declaró que una no siempre podía arreglar las cosas á medida de su antojo. La verdad es que hay tropiezos en la vida,—decía la señora Lerat.—Lo mejor es esperar; si su sobrina tardaba, debía ser porque

sus ocupaciones la retenían ¿verdad? Por lo demás, no se pasaba mal el tiempo allí. Se estaba muy bien en la cocina. Y, no teniendo espadas, la señora Lerat jugó copas.

El timbre volvía á sonar. Cuando Zoé reapareció, estaba muy animada:

—¡Hijas mías! ¡el grueso Steiner!—dijo desde la puerta, bajando la voz,—á ese le he llevado al saloncito.

Entonces la señora de Maloir habló del banquero á la señora Lerat, que no conocía á estos señores. ¿Estaría dispuesto quizá á romper sus relaciones con Rosa Mignon? Zoé meneaba la cabeza, pues sabía algo. Pero tuvo precisión de ir á abrir otra vez.

—¡Bueno! ¡una bomba!—murmuró al regresar.—¡El morito! Por más que le he dicho y repetido que la señora estaba fuera, se ha empeñado en instalarse en la alcoba... No lo esperábamos hasta la noche.

A las cuatro y cuarto, todavía no había vuelto Naná. ¿Qué diablos estaría haciendo? Aquello carecía de sentido común. Trajeron otros dos ramos. Zoé aburrida, miró si aun quedaba café; así se desvelarían; pues se estaban durmiendo, aplomadas en sus sillas; tomando continuamente cartas del montón, con el mismo gesto. Dió la media. Decididamente, algún percance le había pasado á la señora. Y cuchicheaban entre sí.

De repente la señora Maloir, olvidando toda circunspección, acusó, con voz estrepitosa:

—¡Tute de reyes!... ¡He ganado!

—¡Callaos, mujer!—dijo Zoé encolerizada.—¿Qué van á pensar estos señores?

Y en el silencio que reinó, en el sofocado murmullo de las dos viejas que se querellaban, un ruido de pasos rápidos subió por la escalera de servicio. Era Naná, por fin. Aun antes que se hubiese abierto la puerta, se oía su resuello. Entró muy encendida, con brusco ademán. Su vestido, cuyos tirantes se habían roto sin duda, barria los escalones y los volantes acababan de empaparse en un reguero de podre-

dumbre, deslizado desde el piso primero, cuya criada era una sucia en toda la extensión de la palabra.

—¡Ya estás de vuelta! ¡no es poca dicha!—exclamó la señora señora Lerat, con los labios contraídos, vejada aun por el tute de la señora Maloir.—¡Puedes jactarte de que sabes hacer esperar á las gentes!

—¡La señora no ha estado razonable, en verdad!—añadió Zoé.

Naná, que ya llegaba descontenta; se exasperó al oír estos reproches. ¡Así la recibían, después del aburrimiento que acababa de pasar!

—¡Dejadme en paz, ea!—gritó.

—¡Psit! ¡señoral! ¡hay visitas!—dijo la doncella.

Entonces, bajando la voz, la joven murmuró; jadeante: —¿Acaso creéis que me he divertido? Aquello era cuento de nunca acabar. Ya hubiera querido veros en mi lugar... La sangre me hervía; tentaciones me han dado de emprenderla á cachetes... ¡Y ni un mal coche para volver! Afortunadamente, está á dos pasos de aquí. Pero no importa; he corrido de lo lindo.

—¿Traes el dinero?—preguntó la tía.

—¡Vaya una pregunta!—respondió Naná.

Habíase sentado en una silla, junto al hornillo, movidas las piernas por la carrera, y, sin tomar aliento, sacó del corsé un sobre, en el que había cuatro billetes de cien francos. Los billetes se veían por una gran desgarradura que ella había hecho con dedo brutal, para cerciorarse del contenido. Las tres mujeres, á su alrededor, contemplaban fijamente el sobre, de grueso papel estrujado y sucio, entre sus pequeñas manos enguantadas. Era demasiado tarde ya; la señora Lerat no iría hasta el día siguiente á Rambouillet. Naná entraba en grandes explicaciones.

—Señora, hay visitas que esperan,—repitió la doncella.

Pero la joven se encolerizó de nuevo. Que se esperasen las visitas, hasta que ella hubiese despacha-

do sus negocios. Y como su tía extendiese la mano hacia el dinero:

—¡Ah! ¡todo no!—dijo,—trescientos francos para la nodriza; cincuenta para tu viaje y gastos; son trescientos cincuenta... Los cincuenta restantes me quedo con ellos.

La gran dificultad fué encontrar cambio. En la casa no había diez francos siquiera. No se preguntó si podía dar la vuelta la señora Maloir, que escuchaba con aire desinteresado, pues nunca llevaba en el bolsillo más que los seis sueldos del ómnibus. Por fin salió Zoé diciendo que iba á ver en su baul, y volvió con cien francos en monedas de cien sueldos. Contáronlos sobre un ángulo de la mesa. La señora Lerat se despidió en seguida, ofreciendo que el día siguiente regresaría con Luisito.

—¿Decís que hay visitas?—repuso Naná, siempre sentada, reposando.

—Sí, señora, tres personas.

Y empezó nombrando al banquero. Naná hizo una mueca. ¡Si creería ese Steiner que se dejaría engatusar porque le había arrojado un ramillete la vispera!

—Además,—declaró,—ya tengo de sobra. No recibo, id á decirles que no me esperen.

—Reflexiónelo la señora, y reciba al señor Steiner; —murmuró Zoé sin moverse, con aire grave, enojada de ver á su ama á punto de hacer una nueva necesidad.

Después, habló del valaco, que debía empezar á encontrar pesada la espera, en la alcoba. Entonces Naná, furiosa, se obstinó más aun. ¡A nadie, á nadie absolutamente quería ver! ¿Quién demonios le habían echado encima á un hombre tan pegajoso?

—¡Mandadles á todos á paseo! Yo voy á echar un tute con la señora Maloir. Prefiero esto.

El timbre le cortó la palabra. Aquello fué el colmo. ¡Otro pelma más! Prohibió á Zoé que fuese á

abrir. Esta, sin escucharla, había salido de la cocina. Cuando reapareció, dijo con acento de autoridad, entregando dos tarjetas:

—He contestado que la señora recibía... Esos señores están en el salón.

Naná se había levantado furiosa. Pero al leer los nombres del marqués de Chouard y del conde Muffat de Beauville en las tarjetas, se calmó, y permaneció un momento callada.

—¿Quiénes serán esos?—preguntó por fin.—¿Les conocéis acaso?

—Al más viejo, sí,—respondió Zoé contrayendo los labios, con ademán discreto.

Y viendo que su señora continuaba interrogándola con la vista, añadió sencillamente:

—Le he visto en cierto sitio.

Esta frase pareció decidir á Naná. Abandonó con pesar la cocina, ese tibio refugio donde podía charlar á sus anchas, al olor del café, que se calentaba sobre un resto de lumbre. Allí dejaba á la señora Maloir que, á la sazón, jugaba al solitario, y no se había quitado el sombrero, sino que, para ponerse más cómoda, acababa de desatar sus cintas y echárselas á la espalda.

En el tocador, donde Zoé le ayudó rápidamente á ponerse una bata, vengábase Naná de los aburrimientos que le causaban, mascullando soñdos juramentos contra los hombres. Estas palabrotas, apenaban á la doncella, pues veía con disgusto que la señora no se desprendería tan pronto de sus primitivos modales. Hasta se atrevió á suplicar á su señora que se calmase.

—¡Quiá!—respondió Naná con el mayor descaro,—¡precisamente eso les agrada! ¡son tan marranos!

Sin embargo, adoptó su aire de princesa, como solía decir. Zoé la había retenido, en el momento en que se dirigía al salón; y sin que nadie se lo mandara, introdujo en el tocador al marqués de Chouard y, al conde Muffat. Era de más efecto.

—Señores,—dijo la joven con estudiada finura,—siento haberos hecho esperar.

Los dos hombres saludaron y se sentaron. Un transparente de tul bordado dejaba el gabinete á media luz. Era la pieza más elegante de la casa, tapizada de blanca tela, con un gran lavabo de mármol, un armario de luna tallado, una mecedora y sillones de raso azul. En el lavabo, los ramos de rosas, lilas y jacintos presentaban como una montaña de flores, de fuerte y penetrante perfume; mientras que en la tibia atmósfera, entre el insípido olor exhalado de las jofainas, destacábase por momentos otro olor más agudo, procedente de algunas briznitas de patchulí seco, desmenuzadas en el fondo de una copa. Y, apelotonándose, ajustando su mal ceñida bata, Naná parecía como si se la hubiese sorprendido en su «toilette,» con la piel húmeda todavía, sonriente, azorada en medio de sus blondas.

—Señora,—dijo gravemente el conde Muffat,—dispensadnos que hayamos insistido... Nos trae aquí una cuestión... El señor y yo somos miembros del comité de beneficencia del distrito.

El marqués de Chouard se apresuró á añadir, con ademán galante:

—Al saber que en esta casa vivía una actriz eminente, hemos pensado en recomendarle nuestros pobres, de un modo especial... El talento es hermano del corazón.

Naná fingía modestia. Contestaba con ligeros movimientos de cabeza, al par que hacía rápidas reflexiones. El viejo era sin duda quien había traído al otro; sus ojos eran demasiado atrevidos. Sin embargo, era preciso no fiarse mucho del otro, cuyas sienes se hinchaban significativamente; acaso había venido solo. Sí, eso debía ser; el portero les había dado sus señas y los dos se recomendaban cada uno por su cuenta.

—Verdaderamente, señores, habéis tenido mucha razón en subir,—dijo ella con perfecta amabilidad,

Pero el sempiterno sonido del timbre la hizo estremecerse. ¡Aun otra visita, y Zoé siempre abriendo! Y prosiguió:

—¡Qué bueno es poder aliviar á los que sufren! En el fondo sentíase lisonjeada.

—¡Ah! ¡señora!—añadió el marqués,—si supieseis cuánta miseria hay! Nuestro distrito tiene más de tres mil pobres, y sin embargo es uno de los más ricos. ¡No podéis figuraros cuántas lástimas: niños sin pan, mujeres enfermas, careciendo de todo socorro, muriendo de frío...!

—¡Pobre gente!—dijo Naná sumamente conmovida.

A tal grado había llegado su enternecimiento, que sus ojos se anegaron en llanto. Con un movimiento, habíase inclinado, sin pensar ya en fingir; y su abierta bata dejó entrever su seno, á la vez que sus rodillas extendidas dibujaban debajo de la delgada ropa, la redondez de su muslo. Un poco de sangre apareció en las terrosas mejillas del marqués. El conde Muffat, que iba á hablar, bajó los ojos. En aquel gabinete hacía demasiado calor, un calor sofocante de invernadero. Las rosas se ajaban y del patchulí de la copa surgía un olor embriagante.

—Una quisiera ser muy rica en estas ocasiones,—añadía Naná;—pero, en fin, una hace lo que puede... No dudéis, señores, que, á haberlo sabido...

Estaba á pique de soltar una necedad, en su enternecimiento. Así, pues, no concluyó la frase. Por un momento, permaneció perpleja, no recordando en qué sitio había dejado sus cincuenta francos, al cambiar de traje. Pero se acordó, por último, de que debían estar en un rincón del lavabo, debajo de un tarro de pomada invertido. Mientras se levantaba, resonó largamente el timbre. ¡Bueno! ¡Otro más! Aquello no acabaría nunca. El conde y el marqués se habían levantado también, y las orejas de éste se habían estremecido inclinándose en dirección á la puerta; sin duda conocían aquella índole de llamadas. Muffat le miró,